

CIENCIA FICCIÓN



GREGORY BENFORD
MARTIN H. GREENBERG

HITLER VICTORIOSO

¿Qué hubiera ocurrido en el mundo si Alemania hubiese ganado la Segunda Guerra Mundial? A esta pregunta intentan responder, desde distintas ópticas, los once relatos que componen este volumen, algunos aparecidos anteriormente en las más importantes revistas anglosajonas de ciencia ficción, otros escritos especialmente para esta antología.

El resultado es una obra estremecedora sobre lo que hubiera podido ser «El Reich de los mil años», caso de cumplirse la profecía.

A todos aquellos que sufrieron
bajo el Tercer Reich

Prefacio

IMAGINEN EL ABISMO

Gregory Benford

¿Qué significa pensar en nuestro mundo como surgiendo de una enorme serie de posibilidades del pasado? ¿Es decir, alentar la noción de que nuestra situación es en principio precaria..., sensible a sucesos en apariencia arbitrarios, aunque actualmente sellados por la historia con una aparente inevitabilidad?

Esta visión ha intrigado a gran número de escritores de nuestro siglo, muchos de ellos fuera del campo de la ciencia ficción. J. C. Squire publicó en 1931 una recopilación, titulada *Si; o la historia reescrita*, que contenía ensayos de personalidades tan notables como Winston Churchill, G. K. Chesterton, André Maurois e Hilaire Belloc. Examinaban lo que podría haber ocurrido si, por ejemplo, ciertos asesinatos hubieran fracasado, o si (un tema común en obras posteriores) el Sur hubiera ganado la guerra civil norteamericana. Muchas novelas generales de éxito se han basado en las posibilidades de los «mundos alternativos», como, por ejemplo, *The Alteration*, de Kingsley Amis, que nos muestra un mundo donde fracasó la Reforma.

Imaginar senderos no tomados es un método de pensar en el impacto de la historia en el presente y de la gente en la historia. Inherente a los incontables esquemas posibles

se halla la batalla entre dos modos de ver la historia. Hay aquellos que contemplan los grandes acontecimientos como algo inevitable, con las actuaciones del azar a escala humana finalmente barridas si se sitúan en contra de la marea del tiempo. Otros prefieren una visión más inquieta, en la cual un fallo de la mano de un asesino puede salvar una nación. Este tipo de historias y artículos pueden convertirse en experimentos de *Gedanken* que iluminen uno u otro lado.

La primera utilización de los mundos alternativos apareció como ciencia ficción en la novela de Guy Dent *Emperor of the If* (1926). Se trataba de una narración inmersa de lleno en el sentido de la maravilla, cuyo poder derivaba de la sorpresa de la propia idea de los mundos alternativos. Más tarde, los escritores de ciencia ficción consiguieron mucho más ocupándose de una posibilidad concreta y confiando en los métodos de la novela realista. Entre las obras más importantes del género se halla la novela de Keith Roberts *Pavana* (*Pavane*, 1968), en la cual la reina Isabel I fue asesinada. A partir de ahí, los acontecimientos cayeron como fichas de dominó: la Armada venció, la Reforma fracasó, y la Inglaterra de nuestros días es un país tecnológicamente atrasado, postrado bajo una Iglesia católica militante. La novela de Ward Moore *Lo que el tiempo se llevó* (*Bring the Jubilee*, 1953) sigue siendo el más conseguido tratamiento del Sur triunfante en la guerra civil norteamericana. Incluso las novelas de fantasía, como *The Dragon Waiting* (1983) de John Ford, han utilizado ese motivo.

Hasta ahora, sin embargo, el tema más popular de todos ellos es el impacto de una victoria nazi en la Segunda Guerra Mundial. Es interesante destacar que la primera de tales novelas apareció antes de la guerra. *Swastika Night*, de Katherine Burdekin, reflejaba una Gran Bretaña derrotada; fue publicada bajo el seudónimo de Murray Constantin por el editor Gollancz en 1937 (para un examen más detallado, véase *Women's Studies International Forum*, vol. 1,

1984, págs. 85-95). La guerra en sí produjo varias novelas, que eran en su mayor parte propaganda, con títulos como *When Adolf Came*, *When the Bells Rang* y *Loss of Eden*. El tema demostró ser especialmente popular entre los escritores británicos después de la guerra, como en *El cuerno de caza* (*The Sound of His Horn*, 1952), de Sarban, seudónimo de John W. Wall, donde se mostraba a los nazis cazando a los británicos por deporte. Un deprimente filme de estilo documental, *It Happened Here*, apareció en 1963. Para muchos la idea, en la actualidad, parece sólo marginalmente relacionada con la ciencia ficción, de modo que cuando en la década de 1980 apareció *SS-GB*, de Len Deighton, las críticas apenas hicieron mención de su carácter especulativo. De hecho, casi al mismo tiempo apareció una descripción «no de ficción» de un asalto alemán contra Inglaterra coronado por la victoria germana en el libro *¡Invasión!* de Kenneth Macksey, dirigido a los entusiastas de la historia militar.

Los dos ejemplos más sobresalientes de este subtema son *El hombre en el castillo* (*The Man in the High Castle*, 1962), de Philip K. Dick, quizá su mejor novela, y *El sueño de hierro* (*The Iron Dream*, 1972), de Norman Spinrad. Spinrad utiliza la idea con una hábil e incisiva variación. Su Hitler emigró a los Estados Unidos y se convirtió en un escritor de *pulps* especializado en relatos de espada y brujería. La obra cumbre de Hitler es una visión teñida en ciencia ficción del triunfo nazi. El texto de la novela es este melodrama fascista, lleno de sorprendentes paralelismos con nuestra realidad. Spinrad culmina todo esto con un epílogo satírico firmado por el crítico literario «Homer Whipple», que remacha el significado de Hitler el innovador con una insistente estrechez de miras. El libro es un auténtico *tour de force*.

Muchas de las mejores obras de este tipo, sin embargo, son cortas. Algunas se centran en la Inglaterra bajo el tacón nazi («Weihnachtsabend», de Keith Roberts y «La caída de

Frenchy Steiner», de Hilary Bailey). Muchas ocurren en una cultura expandida de orientación alemana que cubre varios continentes. «Dos destinos» de Cyril Kornbluth, por ejemplo, refleja unos Estados Unidos repartidos entre Alemania y Japón (aunque algunos no estén de acuerdo, es una de las mejores obras de Kornbluth, aunque su autor murió antes de poder dar los últimos retoques al borrador final. A ello pueden achacárseles ciertos lapsus; por ejemplo, no hay reservas hopi cerca de Los Álamos, ni siquiera en Nuevo México).

Cuando empezamos a trabajar en esta recopilación, tuvimos la impresión de que el abanico de posibilidades no había sido adecuadamente explorado. Encargamos varias obras, sugiriendo líneas de ataque alternativas. Con gran alegría por nuestra parte, estas historias no se limitaron a repetir temas anteriores, sino que se alinearon desde el más sorprendente cómic surrealista («Thor se enfrenta al Capitán América», de David Brin) hasta la fantasía de horror («¿Oís llorar a los niños?», de Howard Goldsmith). Brad Linaweaver rehizo casi por completo «Luna de hielo» para realzar algunos efectos. Sheila Finch escribió «La paz del Reich» después de que le sugiriéramos explorar un mundo en el cual algunas cosas fueran mejores que en nuestra realidad actual. El profesor Tom Shippey escribió su primera obra de ficción, «Transmisiones enemigas», después de que le pidiéramos que expusiera sus extensos conocimientos sobre la literatura alemana.

Aunque es posible que algunos de ustedes encuentren estas historias demasiado penosas de leer, les pedimos que las vean como exploraciones que arrojan una luz oblicua sobre los tiempos modernos, sobre nuestro propio presente y sobre las incontables posibilidades del alma humana.

Introducción

HITLER VICTORIOSO

Norman Spinrad

¿Por qué la memoria de Adolf Hitler se niega a ser exorcizada? ¿Por qué, cuarenta años después de su muerte y del fin de la Segunda Guerra Mundial, tenemos aquí *Hitler victorioso*, una antología de once historias situadas en diversos mundos alternativos en los que el, ejem, Sueño de Hierro de la Alemania nazi no acabó en las ruinas del *Führerbunker* en Berlín?

Esta recopilación no agota en absoluto la literatura sobre el tema. Hay al menos tres novelas muy conocidas que exploran mundos nazis alternativos: *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick, *El cuerno de caza* de Sarban, y mi propia *El sueño de hierro*. Más aún, *Hitler victorioso* y este ensayo debe limitarse a lo que se ha publicado en inglés, y puesto que los nazis infligieron directamente su realidad no en el mundo de habla inglesa sino en el enorme tablero de ajedrez de pueblos y culturas entre los Pirineos y los Urales, uno debe suponer que existe también una literatura semejante en otros idiomas europeos.

Y, naturalmente, la mística profundiza más que eso. Hace veinte años vi una tienda que vendía parafernalia nazi nada menos que en Ciudad de México. Y, más o menos en la época en que se publicó *El sueño de hierro*, Ballantine

Books estaba teniendo un buen éxito con una serie de libros de bolsillo profusamente ilustrados sobre temas tales como uniformes de las SS y aeroplanos nazis de la Segunda Guerra Mundial. Mel Brooks es casi incapaz de hacer una película que no incluya alguna personificación de Hitler. Las pandillas de motoristas fuera de la ley llevan tiempo adornándose con atuendos pseudonazis. Tanto las chaquetas negras de cuero de la década de 1950 como muchos estilos punk actuales deben su inspiración a la moda de las SS.

Incluso el rostro del propio Hitler se halla grabado más profundamente en la consciencia (o inconsciencia) del público que el de cualquier otro ser humano que haya vivido a lo largo de toda la historia. Un óvalo vacío, la curva de un flequillo en cualquiera de los dos cuadrantes superiores, un bigote a lo Charles Chaplin, y todos sabemos quién es, ¿no?

Lo que no sabemos es cómo y por qué.

De acuerdo, Adolf Hitler fue uno de los más grandes asesinos de masas de la historia, pero Josef Stalin no se quedó a la zaga en lo que respecta a la policía secreta, campos de concentración y exterminios en masa. Como tampoco Torquemada, Atila el huno o Pol Pot se quedan mucho más abajo en la galería de monstruos históricos cuando los medimos por el número de víctimas.

Pero Adolf Hitler, de alguna manera elusiva, se halla a la cabeza de todos como el arquetipo del mal humano, y quizá como algo más incluso, puesto que hay una extraña cualidad ambigua en parte de su literatura, una complicada fascinación con, me atrevería a decir, algunas virtudes nazis.

¿Virtudes nazis?

Durante la crisis de los rehenes en Beirut, un negociador profesional llamado Herb Cohen destacó un hecho revelador: «Nadie está loco para sí mismo, no importa lo loco que pueda parecerle a usted». No parece probable que Hitler hiciera el mal a conciencia, o que el pueblo alemán le siguiera de una forma tan fanática porque estuviera consu-

mido por el ansia autoconsciente de ser malvado. Hitler llegó al poder en una nación derrotada y humillada cuya economía se había colapsado en el desempleo masivo y una inflación desbocada. Al cabo de cinco años la moneda estaba estabilizada, la economía crecía vertiginosamente, Alemania era un líder mundial en tecnología, y el orgullo y la autoconfianza nacionales habían alcanzado el punto de la absoluta manía.

¿Cómo consiguieron esto Hitler y los nazis?

Leni Riefenstahl lo expresó de una manera perfecta en el título de un filme de propaganda que formó parte del proceso en sí y que constituye una auténtica obra maestra. Me refiero, naturalmente, a *El triunfo de la voluntad*.

Adolf Hitler, al parecer, fue un hombre que jamás tuvo la menor duda, y un hombre capaz de proyectar esta certidumbre tanto a sus subordinados como a las masas. A mediados de la década de 1930, por ejemplo, ordenó al doctor Ferdinand Porsche que diseñara lo que iba a convertirse en el Volkswagen, con motor trasero refrigerado por aire porque, proclamó, deseaba un coche para las masas que pudiera resistir el invierno en las grandes autopistas que planeaba construir en Rusia después de conquistarla. Incluso en las postrimerías en el búnker, con los complots como los de Himmler, Goering, Goebbels y compañía arremolinándose alrededor, ninguno de los conspiradores planeó en algún momento el derribo de *der Führer*; todos seguían planeando conseguir sus favores.

Éste era el corazón de la «ideología» nazi, el *Führerprinzip*: una obediencia y una lealtad totales, y una confianza total en un líder heroico, de hecho divino, que era la mística Voluntad de la Nación encarnada. «*Deutschland ist Hitler, Hitler ist Deutschland*».

Dada esta identificación del Führer y del Reich, proezas que parecen desafiar política y económicamente los límites de lo posible pueden realizarse sin problemas con una eficiencia absolutamente despiadada. La inflación puede ser

dominada fijando un valor arbitrario a la moneda y reforzándolo con el poder de la policía del Estado totalitario. Un desarrollo masivo de las fuerzas armadas engulle todo el desempleo. Se halla un chivo expiatorio, se arrojan sobre él los problemas de la nación, y luego se le ejecuta ritualmente en las cámaras de gas.

Estamos tratando aquí con una especie de magia, no con una ideología. Hitler se envolvió deliberadamente con el manto de Fausto, de Siegfried, de Carlomagno (aka Karl der Grosse), y lo hizo todo con música de Wagner. En alemán, la esvástica es la *Hakenkreuz*, la «Cruz retorcida», emblema del Anticristo no como la némesis del Bien sino como la antítesis del degenerado culto cristiano del Santo Pobre Hombre, el antiguo héroe guerrero germano, el Mesías del *Heldesleben* de Sangre y Hierro.

En privado, e incluso indirectamente en público, Hitler y el círculo interior nazi eran profundamente anticristianos, bárbaros paganos que consideraban la piedad, el perdón y la humildad como vicios que minaban la voluntad de la gente. La única tierra que se suponía que heredarían los mansos era una fosa común.

Quizás el antisemitismo de los nazis fuera un compromiso frustrado con las realidades políticas, porque ni siquiera Hitler fue tan lejos como hasta atacar frontalmente la religión de la Alemania profundamente cristiana, excepto a través de sus progenitores subrogados, es decir, los judíos.

Pero, en el corazón de sus corazones, los nazis aspiraban ciegamente a extirpar este extraño y afeminado culto no germano a la paz y reemplazarlo con una versión germánica del *bushido*, el Código del Honor del Guerrero, la narcisista autoadoración de una Raza Superior autocreada que se alzaría por sí misma a la divinidad a través de su voluntad de hierro, de una *Herrenvolk* de superhombres faustianos, destinados por genes y sangre no sólo a gobernar, sino a trascender de la propia evolución humana.

¿Quién puede negar honestamente que hay un poco del sueño nazi en cada uno de nosotros? Porque, muy profundamente enterrado bajo las capas civilizadas de nuestros espíritus, ¿no hay acaso un ego desencadenado? ¿Acaso no todos nosotros, a algún nivel, nos consideramos como el héroe secreto de la historia? ¿Acaso nuestra especie no busca trascender de la evolución natural a través de la ciencia y la tecnología? De hecho, tras romper las cadenas del planeta, conseguir el acceso a los fuegos secretos del átomo, y empezar a jugar con el propio código de la vida, ¿no nos hallamos ya a más de medio camino? El superego puede mirarse la punta de la nariz ante las presuntuosas ambiciones de Fausto, pero el ego se ve a sí mismo como un héroe. Consideremos que Satán, el arquetipo del ego orgulloso y maligno, es conocido también como Lucifer, el Conductor de la Luz, o, en un avatar anterior, Prometeo, que robó el fuego sagrado de los dioses y puso su destino en manos de los hombres.

Hitler, el místico pagano profundamente anticristiano, aficionado a la astrología, fan de Wagner, y pretendido superhéroe fáustico, sabía ciertamente todo esto a algún nivel, sino en esos términos. Y Hitler, el manipulador maestro de los medios de comunicación de su época, gastó ciertamente mucho tiempo, energías, dinero y atención elaborando sistemas de símbolos, ceremonias, esquemas de color, arquitectura, e incluso uniformes, que encajaran y capturaran la carga libidinosa encerrada en este interior nazi del ego.

Si el cristianismo es esencialmente un culto que refuerza las virtudes del superego de la humildad, la contención, la empatía y la caridad, entonces, en términos cristianos, el nazismo puede calificarse ciertamente como un culto satánico, que celebra virtudes (y pecados cristianos) tan egoístas como el orgullo, el poder, la venganza, la crueldad, la voluntad y, finalmente, el pecado central de Lucifer, el

anhelo de trascender a la creación de Dios y conseguir para sí mismo la divinidad.

Resulta interesante constatar que tanto el cristianismo como el nazismo suprimen las expresiones naturales del impulso sexual con la finalidad de capturar sus energías para servir a sus propios fines. El cristianismo canaliza este impulso libidinoso embotellado hacia la liberación orgásmica y lo enfoca hacia sí mismo como el único camino hacia el auténtico éxtasis trascendente. El nazismo lo canaliza en un militarismo fetichista sexualmente cargado y en una violencia al servicio del Estado expansionista.

Así el francamente fálico saludo nazi, los ajustados uniformes negros de las SS, las calaveras plateadas, los dos rayos gemelos, el bárbaro esplendor de las antorchas, la incitante música marcial, la «División Licántropo» de las SS, el absolutamente obsesivo y retorcido satanismo de los sistemas de símbolos nazis, mientras los superhombres en sus atuendos negros y cromados alzan rígidamente sus brazos derechos y, con los culos prietos y el fuego ardiendo en sus ojos, avanzan a sodomizar al mundo.

Lo cual explica por qué, cuarenta años después de la muerte del nazismo como fuerza política o ideología coherente, personas sin una percepción histórica o sin la menor conexión con la cultura o las teorías del Tercer Reich, incluso judías, se sientan aún atraídas por el sistema de símbolos nazi, se sienten aún fascinadas por su difunto sumo sacerdote, Adolf Hitler.

Pero ¿por qué esta antología de relatos de ciencia ficción que exploran futuros en los que Hitler y su Sueño de Hierro triunfaron? ¿Por qué *El cuerno de caza* y *El hombre en el castillo* y *El sueño de hierro*?

Aunque ha habido ciertamente una gran cantidad de ciencia ficción y fantasía inconscientemente nazi (en el sentido psíquico) publicada desde que el *space opera* y el Tercer Reich nacieron más o menos simultáneamente en la década de 1930, ninguna de las historias de este libro, y nin-

guna de las novelas antes mencionadas, son pornografía nazi inconsciente. Todas esas obras, en sus diversos estilos, exploran las consecuencias de un Hitler victorioso antes que complacerse en las interioridades secretas nazis. Teniendo en cuenta que existen unas interioridades secretas nazis, buscan formar parte de la solución antes que exacerbar el problema.

Esta fascinación intelectual, como opuesta a la psicosexual, hacia el tema surge, creo, de la percepción de que la Segunda Guerra Mundial fue el nexo más importante hasta ahora de la historia humana, de que el Armagedón se ha librado ya, en la forma de una guerra total entre modernas civilizaciones humanísticas y la encarnación del más profundo mal dentro del espíritu humano que jamás se haya manifestado por sí mismo en la Tierra.

Si alguna vez puede decirse que sólo ha existido una guerra, una guerra inevitable, y una guerra en la que las fuerzas de la Luz triunfaron clara y completamente sobre las fuerzas de la Oscuridad, ésa es la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, cuarenta años después del Armagedón, ¿nos hallamos en el Milenio?

Difícilmente. Una vez más, vemos al mundo polarizado entre dos campos armados, dos ideologías, dos sistemas de moralidad, y cada uno se considera el depositario de la virtud y la vanguardia de la evolución humana, y cada uno considera al otro «El Imperio del Mal». Irónicamente, estos dos campos fueron aliados contra los nazis, aunque fue el occidental el que, en un determinado momento, vio a la Alemania nazi como una fuerza que esgrimir contra la Unión Soviética, y aunque la Segunda Guerra Mundial empezó esencialmente con un pacto entre Hitler y Stalin para apoderarse de Polonia.

Además, ambos lados poseen ahora este poder fáustico definitivo en el que Adolf Hitler sólo pudo soñar, el poder de la vida y la muerte sobre la civilización, la raza humana,

de hecho quizás incluso sobre la propia biosfera del planeta.

La Segunda Guerra Mundial fue una confrontación que a muchos de nosotros nos gustaría ahora contemplar. Si Hitler hubiera invadido Inglaterra en 1940, cuando estaba sola, en vez de atacar la Unión Soviética y abrir un Frente Oriental, si Japón no hubiera atacado Pearl Harbor, y arrasado así a los Estados Unidos a la guerra, si el Tercer Reich hubiera resistido un par de años más, hasta disponer de ojivas de combate nucleares para los proyectiles balísticos intercontinentales que estaba desarrollando al final de la guerra...

¿Dónde estaríamos todos nosotros ahora?

¿Nos habríamos extinguido como civilización o incluso como especie, tras haber precipitado un invierno nuclear?

¿Hubiera evolucionado una Europa nazi o incluso un mundo nazi hacia un barbarismo neomedieval? ¿Hubiera evolucionado a una *Pax Germánica* que habría acarreado una paz forzada al mundo? ¿Ondearía ahora la bandera con la esvástica en la Luna y Marte? ¿Se habrían apoderado Alemania y Japón de los Estados Unidos a lo largo del Mississippi? ¿Serían ahora Japón y los Estados Unidos islas aisladas en medio de un mar mundial nazi? O, décadas o siglos después de una victoria nazi, ¿volveríamos a estar empeñados como siempre en el juego de las naciones-Estado?

Así que aquí tienen un libro formado por historias que exploran no uno, sino toda una serie de caminos no tomados en esa encrucijada vital de la historia humana, una diversidad de futuros que avanzan en todas direcciones a partir de una sola, simple pero importante premisa: Hitler victorioso.

Estuvo a punto de conseguirlo. Habría podido hacerlo. Y, en un sentido psíquico al menos, podría ocurrir aún. Porque, cuarenta años después de su muerte, no puede decir-